Mario Fuentes

Memoria de una época

Del 17 de julio al 12 de octubre de 2008

CONSEJERÍA DE CULTURA Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla

Organiza
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

Consejera
Rosario Torres Ruiz

Director General de Museos
Pablo Suárez Martín

Jefa del Servicio de Museos
María Soledad Gil de los Reyes

EXPOSICIÓN

Proyecto y Dirección
Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla

Digitalización y tratamiento de imágenes
Manuel Lucena López
LFP

Reproducciones fotográficas
LFP
Laboratorio Fotográfico Profesional S.A.L.

Montaje
Logística de Actos

CATÁLOGO

Coordinación de la edición
Montse Barragán Jané

Textos
Antonio Limón Delgado

Fotografías
Mario Fuentes Aguilar

Digitalización y tratamiento de imágenes
Manuel Lucena López

Diseño y maquetación
Carlos Puntas González

Impresión
Egondi Artes Gráficas

Edita
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura
Depósito Legal:
ISBN: 978-84-8266-807-9
© de la edición: JUNTA DE ANDALUCIA. Consejería de Cultura
© de los textos y fotografías: los autores

Mario Fuentes

Memoria de una época

Al hilo de las fotos de Mario, uno echa la vista atrás y sin salir de lo que personalmente ha vivido, busca algún hito importante en el que plantar la linde que marque un antes y un después. Esa preocupación banal por separar las épocas como si de ello dependiera la mayor o menor importancia de las cosas que hemos visto nacer y desarrollarse, es un viejo vicio al que raramente escapamos.

En nuestra tierra, los cambios en el campo aparecen como una tentación en la que plantar esa linde, pues es verdad que la despoblación de los años 60 del siglo pasado y las transformaciones de la década siguiente, dieron pie a fenómenos sociales bastante relevantes. No afectaron sólo al perfil agrícola predominante de Andalucía, sino que fueron acompañados de tales transformaciones en la familia, en el papel de los sexos, en la producción y consumo de bienes o en la forma de comer o de enseñar que llegaron a crear fuertes contrastes y tensiones entre lo nuevo y lo viejo.

Desde lo que conocemos como *transición*, nuestros pueblos han cambiado de manera espectacular si los comparamos con nuestras ciudades.

En los años setenta del pasado siglo, lo que entonces se llamaba la progresía, a poco que se acomodara, quería vivir toda en el campo. Yo que venía del campo y había visto cómo la gente que vivía allí quería huir de él, no daba crédito a mis ojos. ¿Qué buscaban aquellos universitarios en el campo? ¿El retorno a la naturaleza? ¿El contacto con lo auténtico?

El campo andaluz, pese al singular empeño «progresista», siguió en aquella década despoblándose y remachando el desgarro migratorio de la década anterior.

Aquella tierna ilusión, casi adolescente, de la frescura de la yerba húmeda y las genistas amarillas de Serrat, no se compadecía con el trabajo de sol a sol, ni con la penosa incertidumbre de eso que ha venido a llamarse con el tiempo, agricultura ecológica. Pronto aprendimos que aquel deseo de «vivir en el campo» no era precisamente lo mismo que «vivir del campo».

La Andalucía histórico-agrícola, granero de Roma, se había hartado con los siglos de dar fruto y su gente huía del campo como de la peste. De nada sirvió que nuestro campo estuviera lleno de verdaderas ciudades. Al fin y al cabo, aunque tuvieran más de 50.000 habitantes, eran ciudades agrícolas, ciudades-aldeas, como las llamó con tino el geógrafo D. Manuel de Terán.

El viejo mito del campo y la ciudad, reverdece cada poco como las puyas tiernas de la primavera. Pero siempre ha sido alimentado por gente de ciudad. «El paraíso del campo» es una patente ciudadana donde las haya. Desde el baturro Gracián que entre menosprecios de corte y alabanzas de aldea no llegó a ser más que mandamás en Tarazona, hasta nuestro Góngora cordobés que entre pastores y pastorcillas, se acapellanó en Madrid con Felipe III, el campo circula por la historia andaluza como una apetitosa fábula para consumo de los que no tienen que vivir de él.

Los arados dentales de madera están ya entre el terciopelo de los museos. Los tractores y las cosechadoras no parece ahora que haya que quemarlos porque quiten jornales. La agreste progresía de antaño ha visto que no es fácil, sin ser rico, vivir bien en el campo. Vaya chasco, encontrarse al temible «señorito» en el fondo del espejo.

Compramos gran cantidad de ajos a los ingleses que, al parecer, no han producido nunca ajo alguno, y entre los chalaneos de las subvenciones comunitarias, de los cultivos coyunturales, de los pesticidas órganofosforados y de los excedentes de producción, comienza a brotar, otra vez, como una inocente amapola, «la delicia del campo» en los hipermercados de la ciudad: lechugas como las de antes, tomates tiernos y jugosos sin la coraza del pellejo transgénico, coles criadas a pleno sol, abridores madurados en el árbol. Todo bien abonado con estiércol natural. Pero eso sí, todo mucho más caro.

Comentando estos asuntos con un viejo campesino que había puesto un bar después de volver de Alemania, exclamo: «¡(Ha)berlo dicho antes y no nos fuéramos i(d)o!»

Sin duda es extraña la relación de admiración y desprecio entre la ciudad y el campo. La imitación de modas ciudadanas llenó siempre el campo de curiosas excentricidades y a su vez, las «alabanzas de aldea» llenaron las ciudades de inconsistencias ridículas, de rusticismos utópicos. ¿Recuerdan aquella moda de los mesones típicos que proliferaron al amor de la telaraña, el yugo y el cencerro?

A partir de la década de 1960, la ciudad entró en el campo como caballo en cacharrería. Los santos patronos de los pueblos andaluces comenzaron a mecerse como macarenas, los preciosos mimos de los carnavales gaditanos invadieron hasta las Alpujarras y las boîtes con música marchosa anglosajona se instalaron al lado de los verdiales y los fandangos de punta y tacón. Detrás de toda esta algarabía, se escondía, por supuesto, la callada labor de los llamados «medios de comunicación», capaces de crear estereotipos a una velocidad sin precedentes. Nada como la televisión para crear estereotipos. Su prestigio de cristal animado, hizo nacer en los pueblos tremendas romerías rocieras en que ni siquiera faltaba el paso por el Quema representado por algún raquítico arroyuelo.

No se paró ahí la cosa, el campo, tan poco ducho en los lances publicitarios, aprendió la lección. En Madrid, un buen día, la cañada de la Castellana se llenó de pronto de ovejas y los padres de familias, hartos de hacer de domingueros, vieron el cielo abierto y sacaron a los niños a aquel campo de asfalto para que vieran, atónitos, el paso del ganado acompasado al dulce tañer de las esquilas.

Desde entonces, el campo comenzó a entrar en la ciudad utilizando las mismas añagazas ciudadanas con que la ciudad los había premiado. Las mismas técnicas publicitarias que les hicieron bailar la lambada y comer hamburguesas, valen ahora para reivindicar mayor cupo de aceituna o menor rotación del algodón.

Los publicistas no se cortan un pelo afirmando que la primera razón de la publicidad es llamar la atención. Luego se verá si lo que se dice es más o menos verdad, pero, antes que nada, hay que llamar la atención.

Los tractores entran de vez en cuando en Sevilla. Nadie nos ha explicado con detalle, qué extraña razón comunitaria impide sembrar el algodón como siempre. Nadie nos ha explicado, ni bien ni mal, porqué unas veces hay que sembrar remolacha y otras arroz o pipas de girasol. Por fin la publicidad caló en el campo como el agua de mayo en los barbechos. Ahora nos devuelve el campo los desvelos por convencerlos de cualquier cosa, sin dar mayores razones, a que le tenía acostumbrado la ciudad. Las imponentes máquinas, abanderadas, atraviesan parsimoniosas, las calles, flanqueadas por municipales con cara de aburridos. No sabemos qué pasa, pero se nota que pasa algo.

Las fotos de Mario han seguido ese camino que va del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. Muchas de las formas de producción que nos enseñan, tienen hoy poco que ver con lo que vemos a nuestro alrededor.

Hace unos días, me sorprendí usando una expresión que oía con frecuencia cuando niño. «Ha quedado como de compra». Detrás de ella duerme una época en que muchos andaluces compensaban la escasez de recursos con una asombrosa habilidad para arreglar o aprovechar cualquier cosa. Pero también evoca un modo de pensar en abierta contradicción con lo que hoy nos pide el cuerpo contrahecho a la doctrina en uso: consumir con alegría y fruición, comprar cuanto podamos y tirar lo que nos sobre.

A esas pequeñas estrategias para no comprar que aún resisten subidas a nuestras sierras como «maquis» irredentos, le llaman ahora pomposamente los antropólogos «técnicas de autoabastecimiento». En ellas se ampararon desde la recolección de productos silvestres, al apaño del asiento de una silla, pasando por la conserva de tomates en botella o el arreglo del pantaloncito del niño. El caso era no comprar y si se podía, que el niño del pantaloncito acabara yendo a la universidad.

Poco sospechaban aquellos andaluces medio espartanos, que los universitarios que hicieron a medias con un Estado empeñado en llevar a la universidad a todo el mundo, aunque fuera «a distancia», terminarían estudiando conceptos americanos como «la civilización

del desperdicio». Sin mayor aprovechamiento, sin gana alguna de aplicarse el cuento. Poco se podía profundizar en aquellas martingalas mientras se paseaban los ojos por las estanterías bien surtidas de «la casa del pueblo» que es como llama un amigo mío al Corte Inglés.

Cuando se vuelve la vista a la situación de algunas comarcas andaluzas en los años sesenta y se compara con lo que hoy se dice sobre el *estado del bienestar*, sobre la necesidad de ajustar la producción al consumo y otras agudezas sociopolíticas por el estilo, parece como si aquella gente, en plena formación de las clases medias, se hubiese declarado en franca rebeldía.

Si lo pensamos bien, una economía que aprovechaba el medio hasta el extremo y que entre conservas domesticas y trueques en especie, cerraba el año comprando algunas telas «a dita», poco margen dejaba para esas sacaliñas indirectas con que hoy se financia nuestro estado del bienestar. Mal le hubiera ido a la sociedad del consumo si hubiese cundido aquel ejemplo.

Cuando escuchemos las alabanzas románticas «del campo a la mesa, del árbol a la boca, de la tierra al plato», no nos engañemos. Hay que intercalar a Hacienda entre el campo y la mesa, entre el árbol y la boca, entre la tierra y el plato... Hasta el placer de la chapuza doméstica que nos venden en fascículos con el serrucho que no corta y la lija que no pule, ha pasado ya el conveniente trance del I.V.A.

Hoy consumimos a troche y moche gracias a aquella gente, pero no hemos aprendido como ellos, a hacer las cosas «como de compra». Sólo sabemos comprarlas.

Ni siquiera nuestros hábitos gastronómicos han escapado a esa subversión de la producción y el consumo.

Mucho antes de que hubiéramos oído hablar de la dieta mediterránea, de las excelencias de la fibra de los garbanzos contra el cáncer de colon o de las grasas poliinsaturadas para el asunto cardiovascular, los andaluces cumplíamos a las mil maravillas las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud. Bien es

verdad también que, antes de que el profesor Grande Covián pasara por allí, para los europeos, en lo de comer, sólo éramos un pueblo «curioso» que nos atiborrábamos de extrañas legumbres y en lugar de tomar los «benéficos» aceites de semilla, mojábamos pan en esa perdición del aceite de oliva.

No llegamos a la dieta mediterránea por el brillante camino de la bioquímica sino por el de una discreta pobreza. Pues bien, ahora que se nos alaban nuestras antiguas manías, por esas curiosas carambolas de las corrientes alimenticias, los andaluces nos empezamos a apartar peligrosamente de nuestro viejo hábito del cuchareo y lo que es peor, si hemos de echar cuenta a las estadísticas, cada vez comemos menos en casa.

Los antropólogos dicen que el *comensalismo* es una de las características más peculiares de la cultura mediterránea. Llaman de ese modo poco afortunado, a nuestro afán por celebrarlo todo comiendo. La comida ceremonial, es para los andaluces una cosa muy seria.

Pero no sólo hemos ritualizado la comida ceremonial, sino que hasta la comida en casa tenía ribetes arcaicos que revelaban su antigua importancia. En nuestros ojos de niño están aún presentes aquellas extrañas normas familiares. Con el pan había que andarse con cuidado. Si se caía al suelo un trozo, había que recogerlo y besarlo. Poner la hogaza boca abajo era una especie de ofensa sabe Dios a qué divinidad. Pero esto no era nada comparado con la majestad con que el padre se atribuía el derecho a repartirlo a toda la familia cortando con maestría la pieza de kilo y medio apoyada sobre el pecho.

En torno a la comida se vertebró una parte importante de los símbolos de autoridad paterna. Sin embargo, comíamos bien gracias a nuestras madres, nuestras abuelas o nuestras tías. Siempre han andado las mujeres detrás de nuestros sabores infantiles.

Seguramente, la rápida incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa y la lenta y remolona incorporación de los varones al trabajo doméstico, tiene mucho que ver con que los andaluces coman cada vez más fuera de casa. Pero sobre todo, no hemos sabido ver a tiempo que haga quien haga de comer, comer en casa es algo más que una simple cuestión higiénica atlántica o mediterránea.

Cuando la comida deja de ser una ocasión de hablarse, de pelearse, de divertirse mientras se comparte la vida, y se convierte, en el mejor de los casos, en una suerte de adoración bobalicoide del aparato de televisión, quizás valga abjurar de los frijones domésticos y darse en solitario al filete de ternera con patatas.

Esa disgregación del ritual doméstico de comer juntos, no es más que un síntoma superficial de los profundos cambios que se han ido produciendo en la estructura de la familia andaluza. Con frecuencia se atribuye lo fundamental de esos cambios al nuevo papel social de la mujer, pero aunque fuera así, no es menos cierto que el resto de los papeles familiares se han transformado de forma paralela. Como es lógico, también la figura del padre anda buscando un nuevo acomodo.

En la familia andaluza el padre ha sido una figura transeúnte. Estaba pero no estaba. Frente al sedentarismo materno, que llenaba la casa por completo, el padre era una referencia continua en la boca de la madre. Pero una referencia distante, una instancia a la que se recurría en último lugar, cuando no había más remedio. Entraba y salía. Cuando se le ocurría por un casual aposentarse algo más de lo acostumbrado, la situación era tan forzada que las mujeres lo alejaban con cualquier excusa. Por ejemplo: les estorbaba para limpiar.

Ese estar fuera de casa no tasado, los niños lo fuimos percibiendo con la edad como una prerrogativa de los varones. Luego, lo reivindicaron las mujeres como un derecho casi inherente al salario laboral.

Las libertades del padre fueron en nuestra imaginación infantil, un paraíso prometido en el que entraríamos con la edad. Ese entrar y salir sin que le pidieran cuenta, junto a otras supuestas libertades que, envueltas en el encanto de la distancia nos parecían tan lejanas, nos alimentaban un modelo de libertad estupenda, gratuita, irracional. Una libertad para la que no había que dar más razones que la de ser padre.

Mientras nuestros problemas cotidianos los resolvía la madre, aguardábamos secretamente, con vehemencia, que nos tocara ser padres. Aspirábamos a no tener que resolver en el futuro los problemas de nadie, a dejar en manos de las mujeres esos engorros de los niños, las comidas, la compra, la limpieza...

Cuando aquella espera impaciente por ser padre, la examina uno ahora, cuando ya lo es, la sensación es inquietante. O ser padre no era lo que parecía, o nos lo han cambiado por el camino.

Es muy probable que las dos cosas sean ciertas. Nunca tuvimos acceso a las miserias ni a las angustias de aquel personaje transeúnte. No estaba en su papel quejarse ni contárnoslas. Eso «eran cosas de mujeres». Nunca sospechamos que detrás de aquella deslumbrante libertad de entrar y salir pudiera esconderse inconveniente alguno. Tampoco sospechamos entonces que las mujeres en vez de echarnos para limpiar, terminarían pidiéndonos que nos quedáramos en casa para echar una mano en la cocina, para cuidar a los niños o, cómo no, para salir ellas por fin de casa.

Las trampas que la familia andaluza ha puesto a los varones, son de una sofisticación que no tiene nada que envidiar a la supeditación retorcida que ha inculcado en las mujeres. Posiblemente, ser padre no ha sido nunca lo mismo. Mientras lo vamos a ser, nos lo cambian. El sino de ser padre no parece ser otro que el de no ser lo que uno espera ser.

Incluso en la relación de emparejamiento, que es como se llama en las guías etnográficas al noviazgo, el papel del varón anda bastante desdibujado y posiblemente tarde aun bastante en encontrar nuevas formulas para enfrentarse a ese desafío inquietante de la atracción sexual.

Ya no hacen falta salidas rituales al campo para eludir la vigilancia de los padres. Los padres se han vuelto más comprensivos y los enamorados más audaces. Las maneras de galanteo que usaron los andaluces se han ido mudando poco a poco. A cualquiera que se le dijera hoy que hace un siglo los novios andaban tendidos en el suelo hablándose por la rendija de la puerta, ella dentro y él fuera, mientras la familia, a pocos metros, refrescaba la noche con gazpacho y sardinas, creería que le estamos contando un cuento. Pero eso era lo corriente en Arcos, en Alcalá de los Gazules, en el Coronil, en Arjona...

Mucho han cambiado por aquí los modos de galanteo y sobre todo, en los últimos años anda cambiando algo que a los que ya pasamos la edad de merecer, no deja de darnos cierta envidia melancólica. Por fin las mozas empiezan a toman la iniciativa y en lugar de esperar a que las cortejen, cortejan ellas. Hasta ahí todo

parece seguir el signo igualatorio de los tiempos. Lo malo es que los muchachos están también aprendiendo a hacerse de rogar y empiezan a usar con fruición las viejas añagazas femeniles.

El dejarse querer, las evasivas dando largas, o los achares bien calculados, van dejado de ser formas femeninas. En el fragor de los primeros amores, pocas cosas causan más desazón que tener que tomar la iniciativa de acercarse uno a quien quiere. La incertidumbre del sí o el no, y el temor del varón a ser rechazado, generó muchas formulas indirectas de declaración amorosa que evitaban afrontar, cara a cara, esa violencia sutil. En la *Encuesta del Ateneo. (1901-1902)* se lee: «En algunos pueblos de las cercanías de Granada, cuando un mozo desea tener relaciones amorosas, se dirige a casa de su elegida con una gran porra y dejándola en el zaguán, al tiempo de marcharse dice en voz alta: ‹Porra fuera o porra dentro›. Si la moza no acepta las relaciones, al día siguiente coloca fuera de la casa la porra para que el pretendiente pueda verla, si por el contrario acepta, adorna la porra con lazos y flores y la coloca en el sitio preferente de la habitación donde reciben».

No necesitamos ahora esas sufridas porras que mediaban en el desasosiego de los amantes. Nuestras mozas se declaran por derecho y nuestros mozos, con la novedad, no saben muy bien a qué carta quedarse. Ellas se quejan ahora de que algunos parecen afeminados cuando no obtienen el sí de inmediato, pero seguramente no saben que practican el mismo despecho que durante siglos llevó a los mozos del campo de Priego a sembrar, la noche de San Juan, una higuera en la puerta de la casa de la que no los correspondía, para tacharla de lesbiana.

Cuando cambia una forma de relación social, necesitamos tiempo para que se produzca su integración en el conjunto de la estructura. No vale decir que las mozas se han hecho unas desvergonzadas o que los muchachos se han vuelto *mariquitas*. Esas simplificaciones casi siempre son expresión de la impaciencia con que esperamos que pase el chaparrón.

Del equilibrio entre la estructura de la familia y las normas sociales externas al ámbito familiar depende que la zona de contracto entre ambas no eche chispas. Y el noviazgo es por excelencia parte importante de esa zona de fricción. Es una forma de relación social externa a la familia, pero que tiende a la familia, como la flor a la fruta.

La inestabilidad generada por los cambios en las relaciones familiares ha sido aprovechada por el resto de la red social para intentar invadir terrenos que antes quedaban bajo la jurisdicción del núcleo familiar. El cuidado de los ancianos y de los niños son dos funciones a las que hacen frente con muchas dificultades las nuevas parejas en que ambos cónyuges trabajan fuera de casa. El Estado intenta paliar la situación como puede, pero en ese intento se ve obligado a asumir parte de las antiguas competencias familiares.

Las edades de escolarización, por ejemplo, bajan cada vez más y una parte de la educación en edades muy tempranas que antes correspondía a los padres, va siendo asumida parcialmente por la red social externa bajo la forma de educación.

De las catorce Obras de Misericordia que tuve que aprenderme de memoria para aprobar el ingreso de bachillerato, la de *enseñar al que no sabe* me resultó siempre la más misteriosa.

Nuestro sistema social ha dado a la enseñanza un papel fundamental en su construcción y reproducción. No en vano la base de cualquier cultura es la transmisión de saberes y haceres. Pero cada vez que, como en una ensoñación infantil, me viene a la cabeza aquella letanía académico-religiosa, *enseñar al que no sabe* me lleva siempre, sabe Dios por qué, a *enseñar al que no quiere*. Al hilo de esa misteriosa asociación onírica, me he sorprendido a veces pensando en la Enseñanza Obligatoria, ese dogma legal que consideramos más una conquista que una imposición, como si se tratara de una obra de misericordia al revés.

Para enseñar algo a alguien, se supone que debe haber en él cierta predisposición a aprenderlo, pues, de lo contrario, el límite entre la enseñanza y el adoctrinamiento violento se torna peligrosamente sutil. Tal vez tenga esto algo que ver con esas curiosas noticias en que aparecen enzarzados a mandobles maestros y alumnos con la colaboración espontánea de algún que otro padre. Mal final para práctica tan misericordiosa. Cada vez hay más profesores que no las tienen todas consigo cuando se disponen a impartir.

Obligar a aprender no parece demasiado misericordioso, salvo que se quiera pensar en la enseñanza como un acto no finalista, desgajado por completo de la función de aprender: uno enseña y si el otro aprende, bien, y si no, también. Tamaña concepción de la enseñanza la alejaría del terreno de la transmisión de conocimientos

para reducirla a una suerte de predicación en el desierto, a un diálogo de sordos.

Por suerte solemos llamar enseñanza a una mínima parte de nuestro sistema de transmisión de conocimientos. Reservamos este término por lo común, para referirnos a la enseñanza reglada, a la que se imparte en los Centros de Enseñanza y en la que los papeles del profesor y el alumno tienen un *status* legal reconocido.

Menos mal que la mayor parte de lo que llegamos a saber lo aprendemos sin saberlo, quiero decir: sin que nos demos cuenta, sin advertirlo. Afortunadamente *aprender a vivir* no es lo mismo que *aprender a ganarse la vida* y sobre eso la gente de nuestra tierra tiene una larga y fecunda experiencia. Pasar por los Centros de Enseñanza vale, como mucho, para ganarse la vida, pero no garantiza que aprendamos a vivir. *La escuela de la vida*, ese centro no oficial de connotaciones levemente pícaras, es también obligatoria y no hasta los dieciocho años, sino hasta que duremos.

Gracias a la inconsciencia con que aprendemos en ella, una parte de nuestro modo colectivo de ser, de concebir las cosas y de relacionarnos con las personas, conserva ciertos rasgos distintivos, no mejores ni peores que los de otros ámbitos culturales, pero sí propios, nuestros. Nos gustan y nos disgustan, pero no guardamos rencor a nadie en concreto, por habernos obligado a aprenderlos.

Cualquier forma de enseñanza es, en mayor o menos medida, un modo de coacción. A poco que protestemos se nos dice sin mayor miramiento que se nos enseña *por nuestro bien*. Pero ¿qué es cualquier sistema cultural sino un modo benigno de coacción?

Seguramente sólo logramos enseñar realmente bien cuando *el alumno* no advierte que le estamos enseñando. Por eso entre nosotros se dice mucho: «hay que predicar con el ejemplo». No diciendo como hay que hacerlo, sino haciéndolo calladamente, sin adoctrinar. Al fin y al cabo siempre me ha parecido que el buen enseñar tiene una función muy parecida a la del estiércol: pudrirse y desaparecer con discreción para que florezca algo de él.

¿No sería conveniente llevar un poco de esa *escuela de la vida*, de la que tanto saben los andaluces, a esas otras escuelas en que se intenta enseñar al que, a veces, no quiere aprender? Quizás confundiéndolas un poco lográramos enseñar con una chispa de

misericordia, con una chispa de disimulo, como quien no quiere la cosa.

Enseñar al que no quiere. ¡Vaya mal ángel! ¿No suena eso a la seguidilla famosa?

Querer a quien no quiere.
¡Vaya malaje!
Se gasta la paciencia,
hierve la sangre.

Esa foto casi ritual del grupo de escolares acompañados por el fraile en el patio del colegio, revela un orden añejo al que seguramente no es ajeno la ausencia de uno de los sexos o la alineación de las filas por alturas o edades. Tiene un sabor simbólico arcaico, distante de nuestra sensibilidad actual. Hoy esperaríamos en consonancia con nuestro aprecio por la espontaneidad infantil, ver en la foto un candoroso desorden en que los más pequeños se resisten a ser alineados y mientras unos nos sacan la lengua, el más ladino nos hace gestos taurinos con la mano en alto.

Si hiciéramos el ejercicio de enfrentarnos a cada una de estas fotos de Mario analizando si lo que vemos lo sentimos como próximo o distante, ante muchas diríamos: «Es de otra época».

Mario nos invita a situar nuestra mirada entre dos épocas. Dos épocas del campo, de la ciudad, del trabajo, de la comida, de la familia, de la educación, de la política, de la religión, de la fiesta... Él ha vivido las dos y nos ha hecho el regalo de dejarnos su espléndido trabajo como una generosa invitación a que reflexionemos sobre ellas.

Seguramente debemos mucho más de lo que pensamos a esa otra época que ya no sentimos como nuestra.

Antonio Limón Delgado

CATÁLOGO

EL CAMPO

Plantando arroz. 1960

Abonando arroz.1960

Segando arroz. 1961

Moviendo el arroz para orearlo. 1960

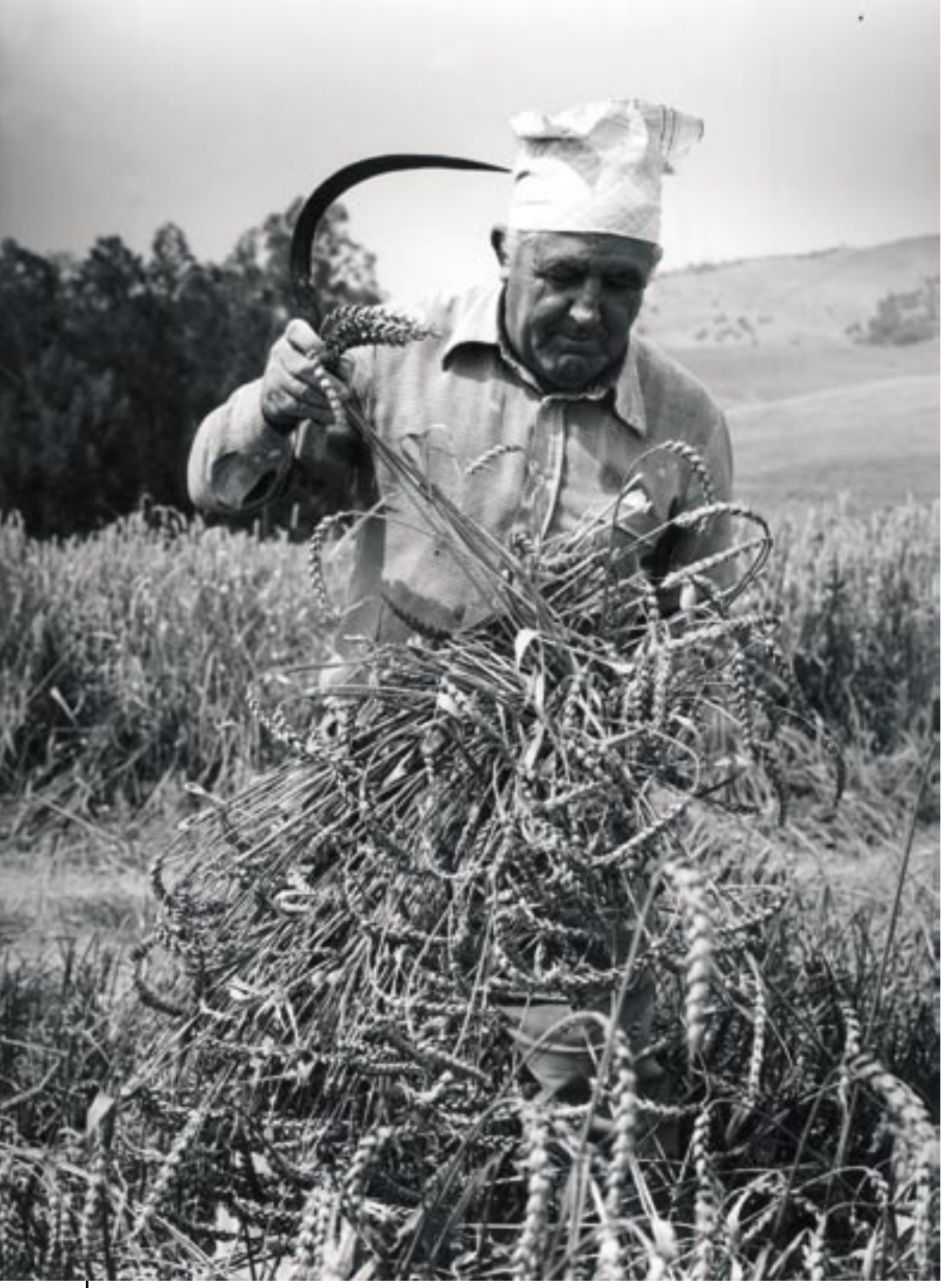
Vareando y recogiendo aceitunas.
Prado del Rey, (Cádiz).1967

Recogiendo aceitunas. 1975

Hacienda de olivar. 1980

Choza de la Sierra de Gibalbín, (Cádiz). 1958

Carro con barcina llena de paja. 1960



Atando un haz de gavillas. 1965

Aventando la parva en la era. 1967

Mirando desde el burro una avioneta de sulfatar. 1969

Pastores. Padre e hijo junto a dos carneros. 1956

Pesaje de algodón. 1967

Jinete a caballo junto a una cosechadora de algodón. 1962

«Pelando» remolacha con el calabozo. 1966

Jornaleras a la hora del almuerzo. 1970

Volteando remolacha al camión. 1962

Escardando remolacha. 1970

Labrando la tierra. El Cuervo (Sevilla). 1956

Limpiando las espinas de los higos chumbos con la escoba. 1970

Cogiendo higos chumbos. 1960

Mercado de caracoles. Lebrija (Sevilla). 1958

FLAMENCO

José Monje Cruz, «Camarón de la Isla».
Festival Flamenco de Arcos de la Frontera (Cádiz). 1980

José Sánchez Bernal, «Naranjito de Triana».
Festival Flamenco de Bornos (Cádiz). 1981

Antonio Fernández Díaz, «Fosforito», levantando el trofeo «La Antorcha del Cante». Mairena del Alcor (Sevilla). 1970

Francisca Méndez Garrido, «La Paquera de Jerez»,
en la «Caracolá de Lebrija» (Sevilla). 1962

Benito Rodríguez Rey, «Beni de Cádiz».
Festival Flamenco de San Fernando (Cádiz). 1981

Antonio Núñez Montoya, «Chocolate».
Festival Flamenco de Alcalá de Guadaira (Sevilla). 1969

José Meneses Scott.
Festival Flamenco de Los Palacios (Sevilla). 1982

María Fernández Granados, «La Perrata».
Festival Flamenco de Paterna de Rivera (Cádiz). 1968

José Gregorio Soto, «José el de la Tomasa».
Festival Flamenco de Arcos de la Frontera (Cádiz). 1968

Gitanas de Jerez de la Frontera. Espectáculo de Antonio «El Pipa». 1998

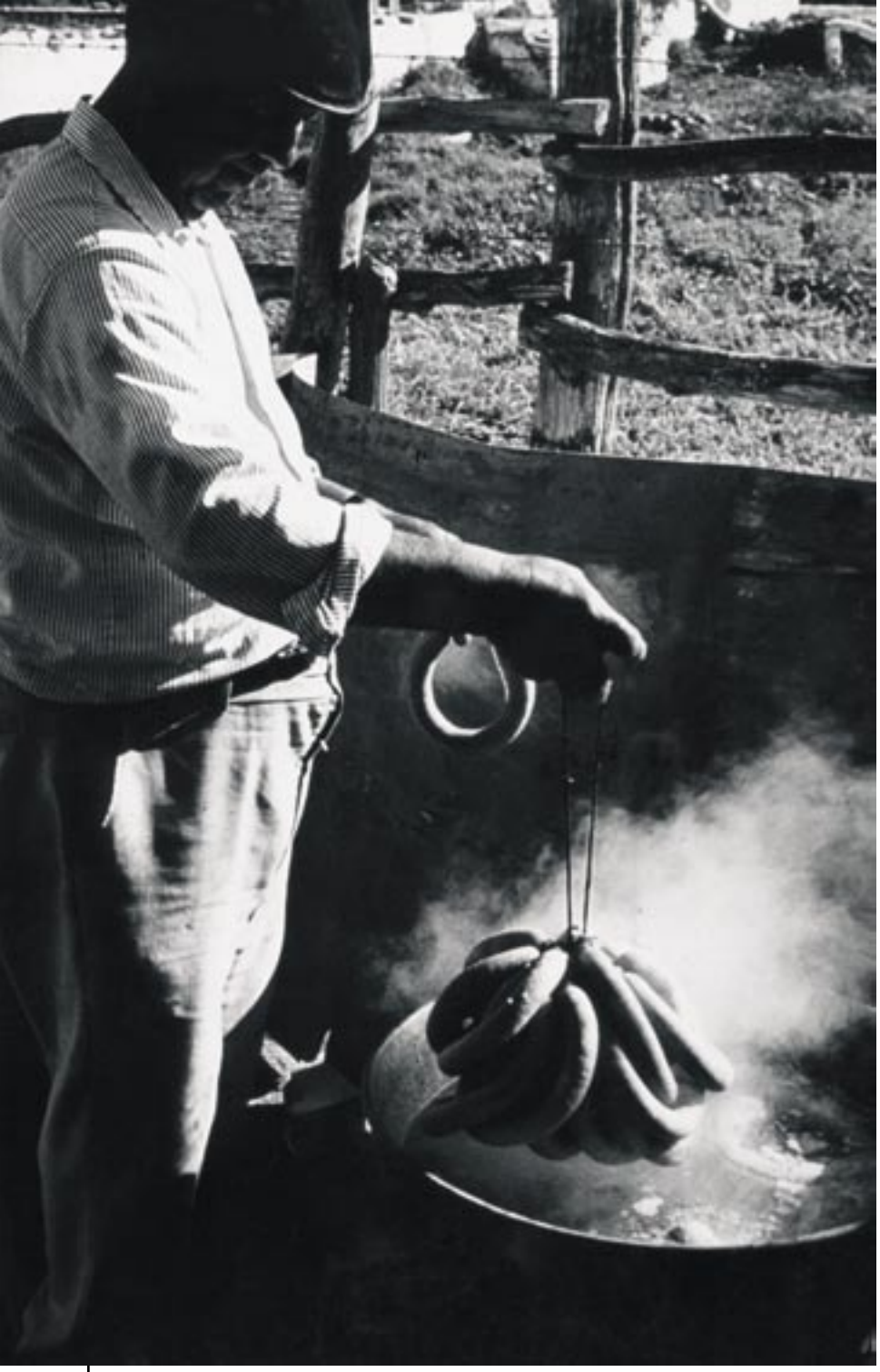
Josefa Bastos Otero, «Pepa Montes».
Festival Flamenco de Los Palacios (Sevilla). 1984

OCIO Y FIESTAS

Fiesta de «Moros y Cristianos». Lucha entre el capitán «moro» y el capitán «cristiano». Benamahoma (Cádiz). 1984

Carnaval de Trebujena (Cádiz). 1983

Carro de bueyes repartiendo juncia en la calle San Francisco.
Festividad del Corpus. Lebrija (Sevilla). 1954



Cociendo morcillas durante la matanza. Lebrija (Sevilla). 1986

Fiesta familiar. 1974

Fiesta de «La Cruz de Mayo». Lebrija (Sevilla). 1980

Danza de «Los Cascabeleros» ante San Juan Bautista.
Alosno (Huelva). 1982

Teatro callejero. 1966

Preparando la comida en una romería. 1960

Mayordoma y repartidoras de dulces de la Romería de San Benito.
El Cerro de Andévalo (Huelva). 1984

Fiesta de verdiales. Panda de Comares.
Venta el Túnel, Málaga. 1984

Prendas íntimas, zapatos, calcetines, colgados en la calle durante la fiesta de «Los Júas». Lebrija (Sevilla). 1970

PERSONAJES

Rafael Álvarez, «El Brujo», representando *La sombra del Tenorio,*
de José Luis Alonso de Santos. Lebrija (Sevilla). 1995

Fernando Rey y Máximo Valverde en el rodaje de *Manuela*, de Gonzalo García Pelayo. 1979

Doña Concha Piquer y su hija. Marbella (Málaga). 1973

Los Morancos de Triana durante el rodaje de la serie *Pensión el Patio*.
Sevilla. 1989

Antonio Burgos. Sevilla. 1973

Antonio Cruz García, «Antonio Mairena», y Santiago Carrillo. 1979

Salvador Távora en una representación del Grupo «La Cuadra»:
Nanas de espinas. 1982

Victoria Vera y Manolo Zarzo en el rodaje de *La diputada*, película de Javier Aguirre. 1988

Charo López en Sevilla durante el rodaje de la película *La Espuela*,
de Gonzalo García Pelayo. 1976

Josele Moreno y Charo Reina en una secuencia de la película *Se acabó el petróleo*, dirigida por Pancho Bautista. 1980

POLÍTICA

Mitin delante del Ayuntamiento de Lebrija (Sevilla). 1979

Homenaje al general Riego en Las Cabezas de San Juan.
Amparo Rubiales y el alcalde de Las Cabezas, entre otros. 1987

El Presidente de la Junta de Andalucía, Rafael Escuredo (a la derecha), acompañado del Ministro de Cultura, Javier Solana, y del Consejero de Cultura, Rafael Román, en la inauguración de una exposición en el Pabellón Mudéjar. Sevilla. 1980

Soledad Becerril. Feria de Abril. Sevilla. 1979

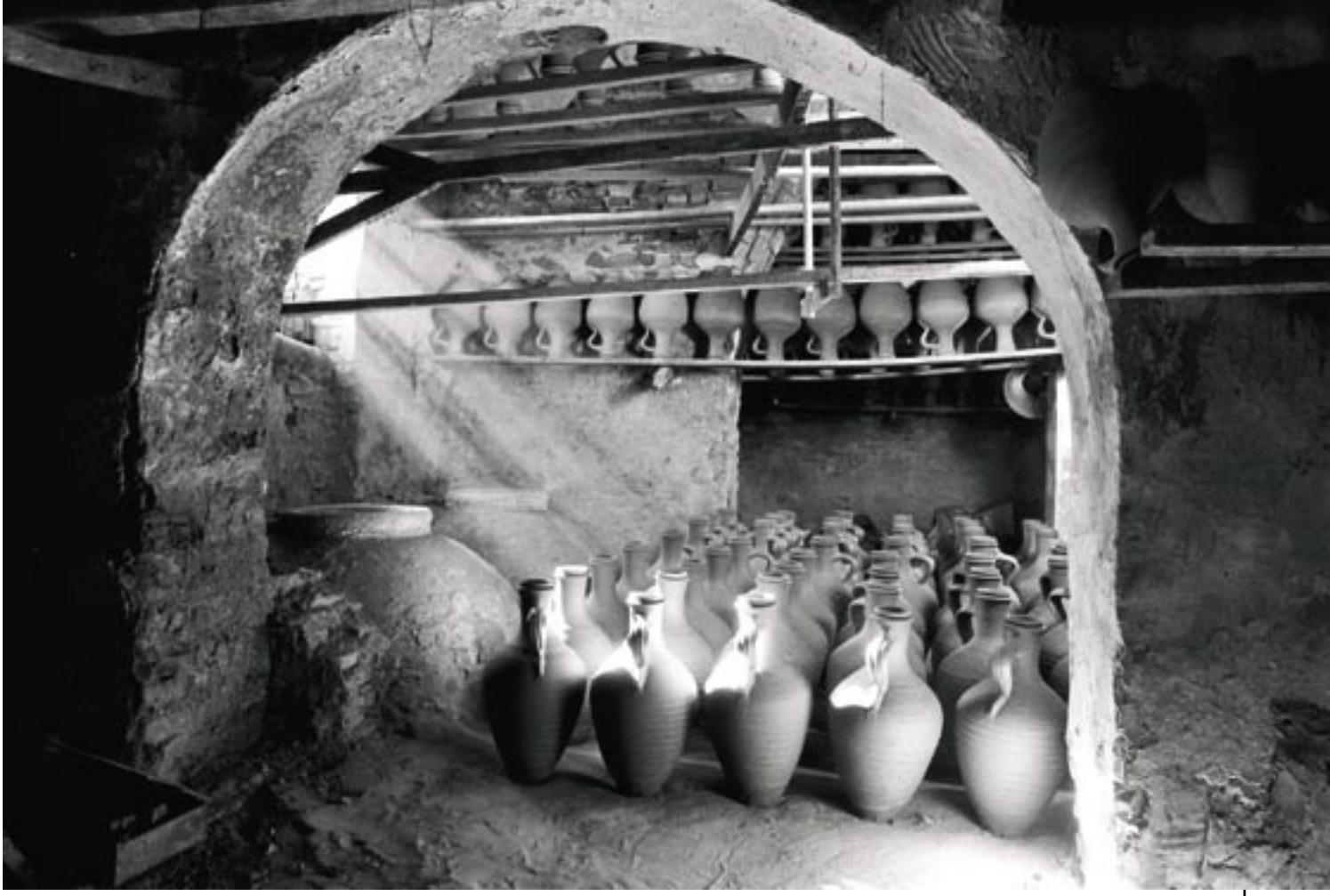
Marcha reivindicando puestos de trabajo en sanidad. 1985

Marcha por la autonomía andaluza. 1980

Marcha en reivindicación del reparto de tierras. 1978

«El Bizco Patota» junto a Isidoro Moreno y Tomás Iglesias (sentados), en un acto del Partido de los Trabajadores en el teatro España.
Lebrija (Sevilla). 1977

TRABAJOS Y ARTESANÍAS



Alfar. Lebrija (Sevilla). 1982

Alfar de Andrés Ganfornina. Pisa del barro. Lebrija (Sevilla). 1982

Horno de alfar. Lebrija (Sevilla). 1982

Prensando uva. Trebujena (Cádiz). 1960

Colmenero desellando un cuadro de colmena de caja vertical. 1962

Molino de rodezno. Arcos de la Frontera (Cádiz). 1984

Tahona del molino de Lebrija (Sevilla). 1978

Carpintero arreglando un sillón. Lebrija (Sevilla). 1979

Curvando alambre para fabricar trampas de pájaros. 1980

Barca para cruzar el Guadalquivir hasta la isla Mínima (Sevilla). 1970

Barca para cruzar el Guadalquivir hasta la Isla (Sevilla). 1970

Haciendo un capacho de empleita de palmito. Lebrija (Sevilla). 1984

Talabartero adornando unos zahones. Villamartín (Cádiz). 1980

Grupo de escolares junto al maestro en el patio del Convento de San Francisco. Lebrija (Sevilla). 1955

Tendiendo ropa. Corral del Conde. Sevilla. 1962

Monjas de clausura. Convento de Madres Concepcionistas.
Lebrija (Sevilla). 1966

Monja del Convento Concepcionista haciendo trabajos de albañilería. Lebrija (Sevilla). 1969

Anciana cosiendo a máquina. Sierra de Gibalbín (Cádiz). 1979

EN LA CALLE

Juan Bernabé (el primero por la izquierda de pie) y otros componentes del grupo «Teatro Lebrijano» junto a vecinos del pueblo en un banco de la Plaza de España. Lebrija (Sevilla). 1967

Partida de dominó. Villamartín (Cádiz). 1969

Saltando a «pidola». Lebrija (Sevilla). 1967

Betunero en la puerta del antiguo bar «La Punta del Diamante» en la Avenida de la Constitución. Sevilla. 1973

Ancianas bajando por la escalerilla de la Peña.
Lebrija (Sevilla). 1959

«Paquetería Ortiz». Barrio de San Esteban. Sevilla. 1982

Venta a domicilio. Lebrija (Sevilla). 1969

Tabanco en una bodega de Lebrija (Sevilla). 1979

Puesto de papas fritas. El Bosque (Cádiz). 1966

Anciana con bolsas de la compra. Lebrija (Sevilla). 1982

Trato de ganado. Lebrija (Sevilla). 1971

Mario Fuentes

Memoria de una época

Introducción 7

Catálogo 19
El campo 21
Flamenco 47
Ocio y fiestas 61
Personajes 75
Política 87
Trabajos y artesanías 97
En la calle 117